

("La Nación", Buenos Aires (A. A.), 7 mayo 1922)

7.293

Bartolomé José Gallardo



RECOCIDO EN "De esto
y de aquello" tomo 1

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, marzo de 1922.

DON Juan Marqués Merchán ha publicado un libro: "Don Bartolomé José Gallardo: noticia de su vida y escritos", y "Azorín" ha dicho que Gallardo merecía este estudio. Desde luego. Nosotros creemos más y es que todo escritor característico de una época merece un estudio, si no por él, por la época que caracteriza. Y la época de Gallardo, que nació en 1776 murió en 1852, a sus 76 años, merece nuestro estudio, y aun lo exige la España de hoy, esta España en que seguimos luchando, como hace un siglo, por las libertades civiles que ya no son discutidas en el resto de Europa, esta España del liberalismo en derrota, es la que se formó después de la invasión napoleónica y la pérdida del Imperio americano, la de Fernando VII e Isabel II, la de la Revolución de septiembre de 1868, la de la llamada Restauración de 1875, la de... todo lo que se ha seguido. La España de Gallardo.

El cual murió, decimos, en 1852, a sus 76 años de edad, soltero y liberal impenitente y fuera de la finca, en los alrededores de Toledo, adonde se había ido a refugiar y a esconder las hondas melancolías de su triste vejez. Murió en Alcoy, de vuelta de Valencia, adonde había ido, ¡a su edad! a ver si compraba la biblioteca que dejó Salvá. Porque Gallardo fue un frenético bibliófilo, un loco enamorado de los libros viejos, por los que acaso no se casó y eso que le gustaban—tal vez en exceso—las mujeres. ¿Bibliófilo? Bibliopirata se le llamó y pasaba por ser un coleccionador de libros... ajenos. ¿Ajenos? Más bien de libros mostrencos, de libros sin verdadero dueño, de libros que andaban perdidos por archivos y bibliotecas. Acaso a la bibliopiratería de Gallardo debemos que se hayan salvado algunos curiosos ejemplares. Y así como creemos que el violín debe ser del que mejor lo sepa tocar, algo parecido creemos respecto al libro. Son los bibliopiratas los que impiden que ciertos libros se pierdan.

Don José Marqués Merchán ha historiado la vida de D. Bartolomé José Gallardo con amor, con verdadero amor, haciéndonos ver en el bibliófilo, en el panfletero—¡un formidable periodista!—al hombre. Hay que leer el pasaje en que nos cuenta el trágico naufragio de los papeles de Gallardo cuando en 1823, cuando el naufragio de las libertades españolas, cuando con la ayuda de tropas reaccionarias francesas se implanta el absolutismo del abyecto Fernando VII, huyó el bibliófilo de las turbas encrespadas que daban vítores a las



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS, USALES

Bartolomé José Gallardo 2



cadenas. La pérdida de las riquezas que había atesorado coincidió con la pérdida de las libertades públicas. Y ello debió de ahondar y exasperar el liberalismo de Gallardo.

¿Liberal? Y más que lo comprendemos hoy. Gallardo, que se negó a seguir la carrera eclesiástica a que quisieron dedicarle sus padres—"lo del cura, siempre dura", dicen éstos—fue de los más influidos por las doctrinas francesas que produjeron el romanticismo, al que con gran acierto llama el Sr. Marqués Merchán socialismo literario. Gallardo era en España, ya en 1837, republicano. Fue republicano con Espronceda, que luego cambió no poco y que si no muere joven habría acabado en ultraconservador. El año 1840 firmaba Gallardo un programa que empezaba con la "supresión del trono", seguía con la "supresión de rentas estancadas y de todas las contribuciones indirectas", "abolición de las quintas", "libertad religiosa, de imprenta, de reunión y de asociación" y acababa con el "reparto a los jornaleros de las tierras del Estado". Y decía el bibliófilo que con ese programa caería "el antiguo edificio romanesco-gótico-moruno de las preocupaciones", pero añadiendo: "yo, que no soy ningún Jeremías, ni ningún P. Veritas, profetizo (y séame testigo el universo mundo) que indefectiblemente sucederá lo contrario. Pero entonces toda la sangre derramada desde el cruento Dos de Mayo, lejos de servir para nuestra redención, no servirá más que para nuestra condenación eterna". Así Gallardo en 1840. Como se ve, lo que hoy llamamos un pesimista, como lo fué por entonces "Figaro". ¿Pesimista?

Hoy en España no hay ya modo de saber lo qué quiere decir pesimismo y optimismo, sobre todo desde

que hay un optimismo oficial, o por lo menos oficioso, y de real orden. Hay quienes cantan el himno de la Internacional estimando anticuada la Marsellesa, pero somos muchos los que creemos que no hemos pasado del himno de Riego, el de 1820, que éste es una novedad todavía. "Constitución o muerte será nuestra divisa", se cantaba hace un siglo y hoy, con la Constitución yacente y no vigente—llevamos tres años con las garantías constitucionales en suspenso y sin justificación alguna—el himno de Riego es de candente actualidad.

¡Pobre Gallardo! Por haber llamado a D. Serafín Estevanez Calderón Aljamí Malagón Farfalla, fué condenado a diez y ocho meses de destierro a diez leguas de la Corte y a las costas del juicio. Persiguiósele sañudamente. Ciertamente como buen erudito y gramático, era de pluma desgarrada y acerba. Pero, señor, ¿qué tendrán la erudición y la gramática que hacen displicentes y malhumorados y hasta impertinentes a los que a ellas se dedican? Decía Menéndez y Pelayo que los "Opúsculos gramáticos satíricos" de Gallardo eran lo más insolente que había leído en castellano. Pero nuestro don Marcelino debía de estar hecho a las insolencias de gramáticos y eruditos. Y cuando no a sus insidias e impertinencias. En Gallardo, escritor casticísimo, a la antigua española, no se concibe la ironía; su arma es más ruda. Su estilo recuerda el de aquel P. Castañeda de la Argentina.

Gallardo cultivó la crítica menuda, la de ir al ojeo de inadvertencias y pequeños errores, y con gran acierto el Sr. Marqués Merchán le pone a la cabeza de Martínez Villergas, Clarín, Valbuena, Fray Candil, Casares. Aunque no es por esa obra clara está! por la que recordamos a

li
Lluig



Bartolomé José Gallardo 1 3



Gallardo. En esa crítica puso a luz Gallardo el temple de su alma castiza. "El carácter indomable de Gallardo—escribe su último biógrafo—impregnado de esa tosquedad y rudeza primitivas, que por un atavismo de ineducación florece en el alma de los españoles, plasmóse en su afán de libertad, y en las torturadoras circunstancias de su vida, unido a la brava independencia de su alma y nativa tozudez; su originalidad literaria en ajenas influencias y hasta en imitaciones". ¡Qué bien está eso de "atavismo de ineducación"! Porque es indudable que hay mucho de esto y que lo más de lo que se llama degeneración es más bien ingeneración, pelo de la dehesa, rusticidad.

Y esa rusticidad nativa de Gallardo se mantuvo incólume por su soberanía; el bibliófilo no tuvo junto a sí mano de mujer solícita y amorosa. Y no que no las conociera y tratara. Aquí, en esta Salamanca, debió de tener sus primeros amoríos; aquí conoció a aquella Florinda que cantó en sus primeras poesías, y no cabe duda de que sintió la delicadeza femenina el que compuso la canción romántica "Blanca Flor", de cuyos versos dice Valera que "parecen propios del más gentil poeta de principios del siglo XVI". Sí, la Blanca Flor, "la bella niña cenceña—la del quebrado color", la que decía: "¿A qué puertas y ventanas—clavar con tanto rigor—si de par en par abiertas—tengo las del corazón?" es una bellísima figura de mujer. Y Gallardo, el rústico, el rudo, tuvo amores con una encopetada dama aristocrática, con una condesa, pero aunque no admitamos con el Sr. Marqués Merchán que su héroe—así le llama—sólo admitió el amor físico, por lo menos no conoció el amor doméstico, el del fuego del hogar. Acaso los libros no dejaban en su casa sitio a una mujer. Y ya viejo escribió estas melancólicas y significativas palabras: "¡Ah, mujeres, mujeres! niñas de mis ojos; en vosotras está la discreción, la perspicacia y el tacto fino; vosotras tenéis la llave de los corazones; vosotras sí que conocéis a los hombres; mas ¡ay dolor! que los hombres no os llegan a conocer sino cuando van a perderos".

Pero hay otro problema, y es si un liberal de principios del siglo XIX en España, de tiempo del abyecto Fernando VII, podía casarse y constituir familia sin peligro para ésta, si podía tomar sobre sí el cargo de una mujer. Los más de ellos tuvieron que llevar una vida errante y azarosa y esto les obligó a no conocer y gustar sino el amor errante, al azar de los caminos de la peregrinación.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES